

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO:
«NACÍO PRODIGIO; VIVIÓ COMO UN SABIO; EXPIRÓ COMO UN SANTO»
RECUERDOS PERSONALES DE AGUSTÍN GONZÁLEZ DE AMEZÚA¹

ordenado y dispuesto para la imprenta
por DAVID GONZÁLEZ RAMÍREZ
Universidad de Málaga

NOTA PREVIA

Con motivo del fallecimiento de don Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), una comitiva de amigos y personalidades afines al mundo de la cultura y la literatura se reunió en una velada, «celebrada en los salones de *El Siglo Futuro* el día 14 de junio», para homenajear al inolvidable polígrafo santanderino. En un «número extraordinario» del mismo diario integrista aparecieron «la oración sagrada del Sr. Galán y los discursos y trabajos pronunciados y leídos» en dicha ceremonia². Este anejo de *El Siglo Futuro*, sumamente raro y olvidado, únicamente lo he localizado en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, a la que llegó por donación de Agustín González de Amezá, a

¹ Este trabajo se encuadra en las líneas de investigación de dos proyectos paralelos en los que participo, comprendidos ambos en el plan Nacional I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación (subprograma FILO): «La recepción y el canon de la literatura española del Siglo de Oro en los siglos XVIII, XIX y XX» (FFI2009-10616), cuyo investigador principal es J. Lara Garrido, y «Pampinea y sus descendientes: “novella” italiana y española frente a frente (i)» (FFI2010-19841), dirigido por I. Colón Calderón.

² La noticia apareció en *El Siglo Futuro*, 20 de junio de 1912.

que se lo remitió a Enrique Menéndez Pelayo para que conservase el recuerdo grabado en papel de aquella jornada³.

Nacido en Madrid en 1881, Amezúa estudió Derecho en la Universidad Central de Madrid, donde se doctoró en 1902 con una Tesis titulada *Historia de la Paz y Tratado de los Pirineos que se concluyó a 7 de noviembre de 1659*. Sin formación filológica ni histórica específica, la literatura y la historia (reflejadas en el título de su obra selecta que reunió en tres tomos) fueron sus dos grandes pasiones. Académico, político y financiero, nunca llegó a ejercer la docencia, aunque, sin embargo, representa el modelo de investigador cuyos estudios marcan un punto de partida inexcusable para cuantos estudiosos de la literatura e historia del Siglo de Oro aborden temas limítrofes. Sus primeros escauceos en publicaciones periódicas, colaborando como reseñista en *El Siglo Futuro*, fueron compaginados con su ejercicio «en el bufete de un abogado de renombre»⁴. En la riquísima biblioteca de su tío don Ramón Nocedal, político y estudioso de nuestra literatura (fue el editor de Jovellanos para la Biblioteca de Autores Españoles), se aficionó Amezúa a los libros de historia y literatura⁵. En una de las «comidas político-literarias» —como recordaba Amezúa en las páginas que ahora rescato— que organizaba su tío en su casa «todos los miércoles», a la que asistían importantes políticos y escritores, llegó, recomendado por Juan Valera, un jovencísimo Menéndez Pelayo. Este hecho le permitió tiempo más tarde a Amezúa entrar en relación íntima con el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*, a quien, junto a Rodríguez Marín y a Cristóbal Pérez Pastor, reconoció en innumerables ocasiones como «insigne maestro» suyo⁶.

Cuando solo faltan algunos meses para iniciar la celebración del centenario del fallecimiento de don Marcelino, me parece apropiado traer el recuerdo

³ El 15 de julio de 1912 Amezúa se dirigía a Enrique Menéndez Pelayo para hacerle llegar, junto a la carta que le enviaba, «un nº de *El siglo Futuro* conteniendo unas cuartillas que en honor de D. Marcelino (q. D. h.) leí en una velada religiosa que organizó aquel periódico. Como supongo que coleccionará Vd. todo lo que en su muerte dolorosísima se dijo, le mando estos borriones míos, que no tienen otra cosa de bueno que la sinceridad [y al] hondísimo pesar con que las escribí», firmada en El Cid (Ávila). Se conserva, junto a todas las enviadas a Enrique Menéndez Pelayo (de algunas me beneficiaré para este trabajo), en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Agradezco a Rosa Fernández y a Andrés del Rey la diligencia que pusieron en localizar este trabajo y en facilitarme otros documentos de la Biblioteca.

⁴ F. Rodríguez Marín, «Discurso de contestación» al pronunciado por Amezúa en su ingreso en la RAE, Tipografía de Archivos, Madrid, 1929, pág. 138.

⁵ Esa biblioteca, que contenía primeras ediciones de gran parte de los escritores del XIX, además de manuscritos (valga como ejemplo el *Diario* de Jovellanos, conservado hoy en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander por donación del propio Amezúa) y epistolarios de literatos (interesantísimo el de la Pardo Bazán con Pérez Galdós, que editó en 1975, sin reconocer la procedencia de los escritos ni menos aún explicar cómo llegaron hasta ella, C. Bravo Villasante), acabó heredándola Amezúa.

⁶ En las cartas que he podido recuperar de Amezúa en los archivos de Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín (Biblioteca Tomás Navarro Tomás, CSIC) las despedidas en las que se declaraba «amigo y discípulo» no eran infrecuentes, principalmente con el primero.

personal de uno de los estudiosos de nuestra literatura que, pese a la diferencia de edad, lo conoció y trató con un cariño y una estima derivados de la admiración del discípulo. Desde sus primeros encuentros, Amezúa quedó marcado por la honda personalidad de Menéndez Pelayo, así como por el carácter erudito y abarcador de sus trabajos. La correspondencia entre Amezúa y Menéndez Pelayo, parcialmente inédita, pone de relieve el trato familiar que ambos tuvieron desde que «una tarde» a principios de siglo se conocieron; Amezúa confesaba que se presentó «en su modestísimo despacho de la Real Academia de la Historia, donde vivía, para hacerle una consulta bibliográfica en relación con mi primer artículo»⁷. Quizá entre lo más destacado de este trato íntimo figure la boda de Agustín G. de Amezúa con doña Primitiva de Noriega y González, en la que Menéndez Pelayo figuró como testigo. Fue poco después cuando falleció el autor de los *Orígenes de la novela*, hecho que dejó un hondo sentimiento en el joven Amezúa, que desde ese momento lo recordaría siempre con «admiración» y «cariño casi filiales», como le confesaba a Enrique Menéndez Pelayo en una carta en la que además expresaba con grave afectación que ese fervor y estimación hacia su maestro le obligaban a «dedicarle» «todas las noches» «un lugar íntimo y devoto en mis pobres oraciones. [¡]Créame, amigo Enrique, que no podré olvidarle nunca...!»⁸.

En sus conocidos *Opúsculos histórico-literarios*, Amezúa recogió, bajo un epígrafe genérico («Tres esbozos sobre Menéndez Pelayo y su obra»), varios de sus estudios más destacados sobre el maestro santanderino⁹. No fueron los

⁷ El trabajo de marras acabó publicándose en 1909 en la *Revue Hispanique*: «Un dato para las fuentes de *El médico de su honra*», XXI, págs. 395-411. La correspondencia entre Amezúa y Menéndez Pelayo se remonta al año 1907.

⁸ La carta está firmada el 15 de julio de 1912. En el breve epistolario que se cruza con Enrique Menéndez Pelayo (desde 1912 hasta 1921, fechas de fallecimiento de los hermanos Menéndez Pelayo), Amezúa mostró su preocupación por la ordenación de la biblioteca (11 de octubre de 1913), por la lentitud con la que se estaba editando las *Obras completas*, por la marcha del *Boletín* y por la posibilidad de editar «el Catálogo completo de la librería de Don Marcelino, tal como lo dejó a su muerte» (29 de abril de 1921). En esta última carta citada, Amezúa le refería hacia dónde irradiaba su horizonte de intereses filológicos, pues le declaraba que había «visto anunciado en el *Boletín* una vida o estudio sobre Bartolomé José Gallardo. Hace tiempo que vengo yo también acopiando materiales para ello. ¿Puede decirme o darme (y este es mi ruego) noticias del autor, extensión, época en que aparecerá, etc.? Sobradamente ancho es el campo de la literatura para que vayamos a coincidir en un mismo coto, y por mi parte lo abandonaría gustosamente a merced de quien más informado o con más tiempo que yo pudiera beneficiarlo». Hoy ya no es ningún enigma saber quién estaba trabajando con los materiales del erudito extremeño. En el mismo año en que está datada esta carta de Amezúa, 1921, Pedro Sáinz Rodríguez acabó publicando su estudio *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica de su tiempo*, extracto de la *Revue Hispanique*, LI. Poco más tarde editó en dos tomos las *Obras escogidas* de Bartolomé José Gallardo en la colección de «Los clásicos olvidados» que él mismo dirigía en CIAP, Madrid, 1928.

⁹ A. González de Amezúa, «Nota bibliográfica sobre las obras completas de don Marcelino Menéndez Pelayo», «Menéndez y Pelayo y la ciencia española» y «El imperio espiritual de España, simbolizado en Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal», en *Opúsculos histórico-literarios*, I, págs. 19-28, 29-59 y 60-68.

únicos que le dedicó al autor de la *Historia de las ideas estéticas*, pues desde sus primeras colaboraciones en las páginas de *El Siglo Futuro*, en las que utilizaba el seudónimo *Zeuma* (anagrama de su apellido), Amezúa ya venía reseñando los primeros tomos que iban apareciendo en la nueva colección de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. En uno general, con el que abría la serie de reseñas, discurría sobre la empresa acometida por Menéndez Pelayo, asegurando que el proyecto

[...] lleva, además, para su ventaja, no cortas esperanzas de triunfo; lleva en su frente (y esto vale un imperio) como director un nombre insignificante, en el que hoy es innecesaria y vulgar toda alabanza. D. Marcelino Menéndez Pelayo, y tras él aparejadas sus armas como legión de entusiastas discípulos, sobresalientes y maestros hoy todos ellos, Menéndez Pidal, Serrano y Sanz, Cotarelo, Rodríguez Marín y otros¹⁰.

Además de estas recensiones y de los diversos estudios que le consagró a la figura y a la obra de Menéndez Pelayo (algunos recogidos, como queda dicho, en las páginas de sus *Opúsculos*), en su última época Amezúa le dedicó varios trabajos a su llorado maestro. Cuando se cumplió el centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo, en 1956, dictó Amezúa varias conferencias sobre el polígrafo santanderino. Una de ellas, que versaba sobre los quehaceres de Menéndez Pelayo en la Academia de la Lengua, apareció como artículo¹¹. Otra, en la que abordaba la faceta de historiador de Menéndez Pelayo, fue leída en el Instituto de España y publicada también en ese mismo año¹². En cuartillas y notas sueltas quedó una más, al menos, que leyó en el Ateneo, y que, por las noticias que de ella tenemos, se basó en los artículos publicados pocos años antes en *La Vanguardia Española*, aunque muy enriquecidos con anécdotas y curiosidades. Los títulos de la conferencia («Recuerdos personales de Menéndez y Pelayo») y el artículo («Recuerdos de Menéndez Pelayo») delatan esta dependencia. Es más, incluso en uno de estos ensayos llegó Amezúa a declarar que la estrecha amistad de la que ambos habían gozado propició «casos y sucedidos muy curiosos» que prometía relatar «algún día». Parte de ese rico anecdótico sería aprovechado para esa conferencia que no llegó a ver la letra de molde, pero de la que, por su interés para

¹⁰ Zeuma [A. González de Amezúa], «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», *El Siglo Futuro*, 16 de noviembre de 1905.

¹¹ A. González de Amezúa, «Menéndez Pelayo y su labor en la Academia de la Lengua», *Cuadernos Hispanoamericanos*, xxvii, 1956, págs. 436-445.

¹² A. González de Amezúa, «Menéndez Pelayo, historiador», en *Centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo (Discursos en el Instituto de España leídos en la Junta solemne conmemorativa de 28 de enero de 1956)*, Instituto de España, Madrid, 1956, págs. 35-51; se publicó también en las páginas de *Revista de Literatura*, ix, 17-18, 1956, págs. 9-19.

conocer su contenido, recupero aquí la noticia que el diario *Abc* incluyó entre sus páginas:

Ayer pronunció su anunciada conferencia en el Ateneo de Madrid D. Agustín González de Amezúa, que disertó sobre «Recuerdos personales de Menéndez y Pelayo».

Hizo el conferenciante un relato de los amores del glorioso polígrafo: su primera novia en Barcelona, estudiante en aquella Universidad; su idilio amoroso después con una prima suya, con versos apasionados y fogosos, cartas de amor, idilio que se rompe por la voluntad de ella. El joven montañés tradujo su amargura en nuevos versos muy sentidos, donde mostraba la grandeza de su alma. A continuación presentó a Menéndez y Pelayo como asiduo concurrente a las tertulias aristocráticas de Madrid, a donde le llevó D. Juan Valera, mentor y guía suyo. Descifra el Sr. Amezúa los nombres poéticos que Valera y él solían poner en sus cartas, tanto a las casas nobles a donde concurrían como a las damas de su especial devoción, con algunas de las cuales Menéndez y Pelayo mantuvo una fiel amistad. Pinta la sociedad de entonces con curiosos detalles y anécdotas graciosas del novel cortesano, leyendo algunas de las composiciones poéticas que escribió para ellas.

A continuación relató sus recuerdos personales: la amistad bondadosa con que don Marcelino le favoreció en vida, describiendo las visitas frecuentes que le hacía en sus casas de Madrid y Santander; pinta sus despachos austeros en una y otra ciudad, su vida modesta, las recepciones que Menéndez y Pelayo tenía en su casa los domingos y, finalmente, describió la emocionante despedida que en unión de tres amigos más hizo el conferenciante a don Marcelino en diciembre de 1911 al partir para Santander, en donde cinco meses más tarde dejaría de existir el insigne polígrafo¹³.

No sería de extrañar que en ese año Amezúa, como homenaje a su maestro, hubiese programado la publicación de algún pequeño volumen en el que probablemente habría rescatado y refundido los artículos divulgativos y las conferencias publicadas sobre Menéndez Pelayo¹⁴, pero el destino le tenía

¹³ «Don Agustín González de Amezúa, en el Ateneo», *Abc*, 27 de mayo de 1956. En «algunos de aquellos recuerdos» que Amezúa «conservaba del trato con el autor de los *Heterodoxos*» se basó J. Montero Alonso, amigo personal del primero (asiduos ambos a la tertulia del Casino de Madrid), para redactar su artículo «Cómo recordaba Don Agustín Amezúa a Menéndez y Pelayo. El modesto cuarto del sabio en la Academia de la Historia», *El Diario Vasco* [San Sebastián], 20 de junio de 1956, un homenaje particular a modo de recuerdo y despedida con el que Montero Alonso rendía tributo a Amezúa pocos días después de su fallecimiento.

¹⁴ Las publicaciones de Amezúa han sido ahora catalogadas en mi trabajo «Trayectoria bibliográfica de un estudioso del Siglo de Oro: Agustín G. de Amezúa y Mayo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXXXVII, 2011, págs. 221-240. Esta memoria bibliográfica, a la que ahora le acompaña esta nueva contribución en la que edito algunos artículos en forma de recuerdos sobre Menéndez Pelayo, forman parte de una empresa mayor en la que pretendo publicar varios asedios más. Rescataré, por un lado, en un volumen de ensayos un centenar

guardado un final inesperado; a mediados de ese mismo año en el que se cumplía el centenario de Menéndez Pelayo para recordar su figura y su obra, moría Agustín González de Amezúa.

Como homenaje también a quien dedicó algunos capítulos de su obra completa a escribir sobre el maestro de quien recibió lecciones a través de su cálida palabra y de su provechosa obra impresa, quiero ahora traer a la «Biblioteca» de *Analecta Macitana* los ensayos que Amezúa publicó en torno a la figura de Menéndez Pelayo, concentrados sumariamente en dos momentos celebrativos bastante significativos: tras su fallecimiento y en las efemérides del centenario de su nacimiento. En estos textos afloran recuerdos íntimos y personales que humanizan al erudito escritor que se adivina en las páginas de sus libros, como sabio que era, robándole horas al tiempo y convirtiendo su vida en una imperturbable combinación de lectura y escritura. El propio Amezúa admitía que en estos escritos pretendía «evocar rasgos desconocidos» de Menéndez Pelayo, «particularidades curiosas, no ya del sabio, sobradamente conocido, sino del hombre, a las que acaso hoy no se conceda importancia ni valor, pero que, a buen seguro, habrán de tenerlo dentro de cien, doscientos años, porque entonces nada habrá atañero a él que se mire con indiferencia».

A las puertas del primer centenario de la muerte de Menéndez Pelayo, cobra singular interés recuperar este testimonio vívido de quien asistía con frecuencia a la «tertulia literaria» que, «todos los domingos, después de la hora del almuerzo, sobre las tres de la tarde», Menéndez Pelayo «abría» «en su despacho» («cuya pobreza monacal» sería hoy alarmante casi para cualquier Director de Academia) para que acudiesen amigos y otros advenedizos; de quien no desconocía su «inveterada costumbre, que no abandonó nunca, [...] de trabajar en la cama hasta muy entrado el mediodía»; o de quien lo esperó en el andén (junto a «tres amigos dilectos del maestro»: «don Adolfo Bonilla», «don Antonio Graíño» y «don Juan Givanel y Mas») para despedirse en la partida desde Madrid a Santander (ese viaje que Amezúa interpretó como el viaje a «la gloria de la inmortalidad») y sintió «la presión de aquellos largos brazos» al estrecharse «contra su pecho», en un cálido abrazo de despedida. Estos son los «recuerdos» que ahora extracto y que el mismo Amezúa estimaba «de interés para la biografía íntima del Maestro».

de trabajos divulgados en publicaciones periódicas y que han tenido escasa repercusión, pero que sin embargo son sumamente importantes para conocer algunos perfiles de un acreditado investigador apasionado del Siglo de Oro que también se preocupó por diferentes aspectos de su época como la lengua o la sociedad; prepararé, también, el cuarto tomo de los *Opúsculos histórico-literarios*, con la inclusión de algunos estudios publicados tempranamente (como el dedicado a su tío Ramón Nocedal y que abrió la serie de *Obras completas*) y otros trabajos que aparecieron tras la publicación de los tres primeros volúmenes en los años cincuenta. Por último, quiero componer una semblanza de Agustín G. de Amezúa, para la que he rastreado noticias de su labor como financiero o su actividad política como concejal con el objeto de afinar algunos contornos poco conocidos de su biografía.

CUATRO PALABRAS SOBRE MENÉNDEZ PELAYO¹

INTERMEDIO LITERARIO

Señores:

A buen seguro que, aunque ajeno en sí al religioso y santo fin que hoy nos congrega, no habéis de extrañar el título que preside a las desaliñadas cuartillas que voy a leeros.

* * *

Es la primera vez que nos reunimos después que Dios, en sus altos juicios, nos arrebató del mundo de los vivos aquel maravilloso paladín de su eterna causa, poderoso luminar de la ciencia española, y que, aunque alejado de los azares y del polvo de la contienda diaria, combatió también, a su manera, y desde la cátedra gloriosa de su saber inmenso, por la restauración de las cosas todas en Cristo. Sin otra diferencia que si nosotros peleamos por las presentes y futuras, él evocó, por modo maravilloso, las pretéritas y fenecidas, mostrándonos, a través de los siglos, y por boca de sus libros inmortales, el glorioso ejemplar, el arquetipo incomparable, el modelo de la España del porvenir, que si quiere ser grande ha de ser legítimo sucesor de la España católica, tradicional y varia que Menéndez Pelayo sacó con su denuedo y su talento de las mazmorras de la oscuridad y del olvido.

Hoy es, repito, la primera ocasión en que nos vemos juntos después de su pérdida inmensa y dolorosísima, y por olvido imperdonable tendríais el que dejáramos de dedicar un devotísimo recuerdo a su inmortal memoria; que si el recuerdo es cariño y el cariño es Amor, fiesta de Amor también es la que hoy celebramos en aras de un Corazón Divino, que iluminó su entendimiento y guió su pluma.

No temáis, sin embargo, que discurra y diserte sobre Menéndez Pelayo como crítico, ni como poeta, ni como historiador, ni como artista; si en cada uno de estos órdenes fue astro poderoso de vivísima y no igualada luz, remontarse a su esencia, describir la brillante curva de su órbita, acercarse siquiera al fuego inapagado de aquel deslumbrador entendimiento, sería empresa

¹ *El Siglo Futuro*, 20 de junio de 1912. En dos notas del diario se especifica que estas «cuatro palabras» fueron «leídas por su autor», y por tanto el discurso en papel fue «tomado taquígráficamente». En la edición de los textos de Amezúa, solo me he permitido limpiar el texto de erratas, retocar cuando era preciso la puntuación y modernizar la ortografía conforme a las normas actuales; mantengo algunos rasgos lingüísticos propios de la escritura de Amezúa, así como cierta inconcreción de fechas que se desliza en varios artículos.

sobrehumana, temeraria y audaz, muy semejante a la mitológica y desventurada de Ícaro, donde habríais de ver rotas, en castigo a mi culpa, las alas de mi pobre palabra.

Y como si estas razones no bastaran aún a convencerlos, todavía deben resonar en vuestros oídos, como retumba en los míos asombrados, el eco majestuoso e imperial de aquella operación incomparable con que el más grande de nuestros oradores, D. Juan Vázquez de Mella, rindió homenaje y pleitesía al más grande, también, de nuestros polígrafos: gigante el uno de la palabra, atleta el otro de la pluma, gloria los dos de la España católica y sostenes firmísimos de sus soberbias tradiciones; y ante el recuerdo de aquel alarde de sublime elocuencia, de aquel torrente impetuoso de imágenes, bellezas y pensamientos, creedme, señores, tiembla mi pluma anonadada y sobrecogida.

No entraré, pues, en asunto tan alto, contentándome con trazar a la ligera algunos recuerdos personales, donde aparezca Menéndez Pelayo, no como sabio, escritor o literato, sino como *hombre* tan solo, añadiendo a la riquísima corona que a su egregia memoria se ha tejido estos días una modesta siempreviva, la más sencilla y humilde de las flores, la única también que se atrevería a colocar quien, como el que os habla, no tiene otros títulos para hacerlo que el haber sido el más indigno de sus discípulos y el más joven y desautorizado de sus amigos.

¿Recordáis ese tipo que la imaginación del vulgo tiene forjado de *eso* que en confuso montón llama *sabios*? Hombres, a su entender, huraños y antipáticos, ensimismados y raros, atentos más a sus papeles y libros que a su personal policía, como si la ciencia o la limpieza no se tratasen nunca, y para profesar en la primera hubiera que execrar y maldecir de la segunda.

No os negaré que, en efecto, muchas veces tenga el vulgo razón y que la vida ofrezca ejemplos de estos sabios abstraídos y egoístas que hacen la ciencia antipática y el estudio odioso; mas en verdad os declaro que todos aquellos a quienes la fortuna nos concedió el regaladísimo favor de tratar de cerca y a nuestras anchas a *D. Marcelino* (que así cariñosamente le llamábamos) protestamos a coro de semejante patrón, afirmando, en cambio, que fue el hombre más llano en su trato, más sencillo en sus costumbres, más generoso y pródigo de su inmenso saber y juntamente más inocente e ingenuo que conocimos nunca.

Las primeras veces que me acerqué a él (con sinceridad os lo confieso) hícelo con verdadero miedo, con algo casi de pavor, parecido a aquella temerosa admiración que nos producen la ingente catarata que con fragor y estruendo se precipita en los abismos, la ciclópea mole que en la escarpadura de una montaña se cimbreaba amenazadora sobre nuestras cabezas; en suma, lo grandioso, monumental y enorme.

Asombro, pasmo, maravilla, me causaban su estupendo saber, aquella ciencia derramada en tantos y tan soberanos libros; y por eso, al acercarme al autor de ellos, a la fuente de aquel río profundo y caudaloso, imaginaba que

iba a vérmelas con algún gigante descomunal, imponente y ceñudo, terrible guardador, cual otro Fafner, de aquellos tesoros y riquezas y caudales.

¡Pueril ilusión! A las pocas palabras cruzadas con él, rota su charla con aquel típico tartamudeo de su nerviosa lengua, desaparecía el temor, huía el miedo, y quedábamos enfrente de un hombre todo llaneza, todo naturalidad, sencillez y confianza, obra hermosísima de su hermosísimo corazón.

Paréceme que al crear la omnipotencia de Dios, liberal y pródiga, aquella criatura no se contentó con derramar en su alma a manos llenas tesoros de mentalidad prodigiosa, hermanando una felicísima memoria con un entendimiento helénico, sino que, como enamorado de la obra que acababa de hacer, quiso completarla, infundiéndola un corazón ingenuo, un corazón sencillo, corazón de niño en alma de gigante, que conservó puro e intacto hasta la sepultura misma; corazón de oro que alcanzó en vida la más consoladora y bella de sus victorias: *no tener enemigos*. Su ingénita bondad se hacía perdonar todo, hasta esas distracciones y *chifladuras* que son compañeras forzosas de la sincera sabiduría. Os mostraré un caso anecdótico en prueba de ello.

Tenía D. Marcelino por inveterada costumbre, que no abandonó nunca, la de trabajar en la cama hasta muy entrado el mediodía, costumbre que en sus viajes practicaba también.

Cuando le llevaba a Sevilla su afición conocidísima por los libros viejos, paraba en casa de un gran amigo suyo, coleccionador afortunado de muchos y muy buenos, el señor marqués Jerez de los Caballeros, y constante D. Marcelino con su práctica trabajaba en la cama, donde a modo de mesa ponía sus papeles, sus libros... y su buen tintero también. Os imaginaréis lo demás: las blancas y ricas sábanas de la mansión señorial trocábanse al poco tiempo en tapices *etíopicos*, labrados por las innumerables manchas y manchones con que la velocísima pluma de D. Marcelino las salpicaba.

Traíanle a la marquesa sus criados aquellas muestras de científico descuido; y ella, deponiendo el natural enojo que como hacendosa señora en su fondo sentía, contestaba serena: «Cosas de D. Marcelino, a quien no se le puede reñir; ¡es tan bueno y se hace querer tanto!».

Es verdad, se hacía querer mucho; pero, por lo mismo, nada agradecía tanto como el cariño de los suyos, apegándose a sus afectos y amistades, de muy recia manera. ¡Qué pena, en cambio, tan grande la suya, cuando algunos le traicionaban! ¡Qué brechas tan profundas abrían en su corazón las ingratitudes y deslealtades! ¡Y halló tantas en su vida!

Yo, que a pesar de mis pocos años y quizás por eso mismo, le traté íntimamente, puedo aseguraros que ni cuando tuvo amenazada la dirección de la Biblioteca (hecho que desconoceréis; pero que es bien cierto), ni cuando sintió los primeros amagos de la traidora dolencia que había de arrebatárnoslo impíamente, ni en otras contrariedades y pesadumbres, nunca le vi tan agitado y nervioso como cuando preveía una deslealtad, una sombra cualquiera en sus ajeas y hondas afecciones.

Si alegrara aquí los testimonios que ahora me dicta mi memoria, ¡cuántos y cuántos ejemplos os podría sacar, harto elocuentes!

Dejémoslos a un lado, o aún mejor, olvidémoslos del todo, imitando aquella grandeza de su alma magnánima, que también las perdonó y olvidó.

Bastábale a él para lograrlo, cual milagrosa receta, ponerse en contacto con sus libros, ¡sus libros queridos, los pedazos de su alma, sus únicas riquezas, atesoradas Dios sabe a costa de cuántos y cuántos sacrificios! Y no ciertamente por apego al dinero, del cual nunca conoció el valor y desprecio altivamente, rasgo personalísimo de su carácter, sino porque era avaro, no de monedas, sino de buenos libros, de legajos y códices, y en estos años últimos ¡había subido tanto su precio! Así gozaba y nos hacía gozar en su magnífica librería, y él, que fue la modestia, la sencillez misma, erguía orgulloso... al enseñarnos una pieza rarísima. ¡No conoció nunca otra vanidad! ¡Cómo se transfiguraba entonces su rostro, y cómo brillaban más vivos, despiertos y penetrantes aquellos singulares ojillos azules!

Paréceme verle todavía este pasado verano, juntos los dos, en su riquísima biblioteca de Santander, mostrándome las últimas y harto costosas adquisiciones para su soberbia colección de libros de caballerías. ¡Con qué mimoso cuidado, con qué cariño y gracia pasaban sus largas y descarnadas manos las amarillentas hojas de aquellos Palmarines, Tirantes y Amadises envueltos en ricas vestiduras y dorados arreos!

Por eso, siempre que me despedía de él, acordábame también de estos regalos y solicitudes por sus libros queridos, y para dar algún valor a mis consejos, en súplica de que mirase por su salud, tan maltratada, solíale decir: «¡D. Marcelino, trátese usted como si fuera el ejemplar precioso único de un incunable!».

¡Y qué verdad que lo era!

Aun mis pupilas retienen su imagen, y mi memoria recordará siempre la postrera vez que le vi. Fue aquí, en Madrid, en la estación del Norte, despidiéndole a él, camino de Santander, ¡su último viaje!, el día 10 de diciembre del año que pasó.

Había ya cerrado la noche, y en el mal iluminado andén estábamos unos pocos amigos, muy pocos ciertamente, pero a quienes Dios quiso conceder aquel póstumo consuelo. Apareció D. Marcelino, envuelto en su vieja capa, prenda castiza que, como castizo español, usó toda su vida, resto glorioso de los herrueruelos y capillas de los añejos tiempos. Estaba ya demacrado, flaco, con las terribles señales del hondo mal que le miraba. Charló afable un instante con todos; apartose después unos minutos conmigo, lleno de bondadoso cariño, e inmediata ya la salida, despidiose con un abrazo. ¡Todavía me dura la impresión de aquellos largos brazos, apretándome contra su pecho! ¡Aquellos brazos que tantas veces habían llamado y cobijado a la gloria! Separámonos todos, emocionados, como si presintiéramos la vecindad de la catástrofe: percibimos un instante después su noble figura detrás de la vidriera del vagón, y

con esa monótona y engañosa lentitud de los trenes que arrancan, se puso en movimiento el convoy. Un saludo todavía, un agitar las manos, el sombrero, vislumbrando por vez postrera su confusa silueta, y luego... nada... nada... el tren que aprieta su marcha, de prisa, muy de prisa, como si quisiera llevarse al gran Menéndez Pelayo, no a Santander ciertamente, sino camino de la eternidad...!

Y camino de la eternidad iba; cinco meses después Dios le llamaba para darle a su ser aquel abrazo divino que guarda a sus benditos y elegidos.

Para cerrar este postrer capítulo de mis personales recuerdos, hace tres días quise despedirme también de su despacho en Madrid, donde tantas veces le había visto y charlado juntos.

Entré en el gran portalón de la Academia de la Historia, donde pasaba, y apresteme a subir, con gesto heroico, los setenta y dos duros y empinados escalones (¡qué *altos* viven los genios!) que separan a su tercer piso de la calle León; setenta y dos escalones que trabajosamente subía él también todas las tardes. Abriome la puerta Julio, su fidelísimo sirviente, y con él penetré en su casa, modesta, sencillísima, limpia de toda gala, comodidad o lujo. Aun estaba su despacho tal como él lo dejó: cargada su mesa de papeles y libros y amontonados en los rincones rimeros de ellos; la pieza vecina, que hacía de alcoba, pequeña y encalada, en orden y como dispuesta para recibirle; su modesta cama de hierro, presidida por un Crucifijo; el carcomido sillón, que fue de damasco en mejores tiempos, descolorido y jironado; un lavabo estudiantil, un sencillo armario de pino sin espejo ni adorno, y nada más: este era su ajuar. Senteme un momento, sujetando con las manos la cabeza, que vacilaba, y abogando la emoción que a mis ojos, húmedos ya, acudía vivísima, forzando por romper, dije para mí:

«Dime cómo vives y te diré quién eres».

Aquí, en medio de esta austeridad, de esta sencillez, de esta modestia, rayana en monacal pobreza, vivió el cantor de la España tradicional y católica, el historiador más genial que nunca tuvo su colosal epopeya, el mágico prodigioso de sus grandezas y esplendores; ni tuvo más, ni deseó otra cosa; la paz de su conciencia, el culto de la belleza y el amor de su patria cristiana fueron sus Musas; nació prodigio; vivió como un sabio; expiró como un santo; y sin pensarlo yo vinieron a mis labios, y en voz alta exclamé aquellas hermosas palabras del Redentor de los hombres en el sermón de la Montaña, suma y compendio de la humana sabiduría.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos...».

EL ÚLTIMO VIAJE DE MENÉNDEZ PELAYO (EN EL XXXIX ANIVERSARIO DE SU MUERTE)²

Mi amistad con don Marcelino, cordialísima y generosa en demasía por su parte para un muchacho, como yo lo era entonces, traía viejas raíces del carácter familiar. Al venir por primera vez a Madrid, precedido ya de la fama de su portentoso talento, una de las primeras casas que se le abrieron fue la del ilustre jefe de la Comución Carlista, don Cándido Nocedal, cuyo hijo don Ramón, que lo sería a su vez años después del integrista, estaba casado con una hermana de mi madre. Acostumbraba don Cándido a tener semanalmente unas comidas político-literarias en su domicilio de la calle del Turco, núm. 13, a las que solían asistir las personalidades carlistas de paso por la Corte o residentes en ella, a más de algunos colegas suyos en la Real Academia Española, como los dos Fernández-Guerra, Tamayo, Cañete y Gabino Tejado. Celebrábanse estos almuerzos todos los miércoles, y desde su llegada a Madrid concurría a ellos Menéndez y Pelayo asiduamente. Huelga el decir que en tales reuniones, donde se daban cita el saber y el ingenio, brillaba como ninguno el joven santanderino, causando el pasmo de todos cuantos le oían por su memoria prodigiosa y juicio maduro, impropio, a la verdad, de un mozo, casi niño aún.

Sin estar afiliado oficialmente al Partido Carlista, las ideas políticas de don Marcelino eran sustancialmente afines a las tradicionalistas; pero, poco después de la Restauración de 1875, iniciada por don Alejandro Pidal, aquella su tan controvertida campaña o llamamiento a «las honradas masas» para su adscripción a la Monarquía reinante, y percatado del excepcional valor personal de aquel prodigioso muchacho, fue atrayéndose poco a poco, en unión de Cánovas, hasta lograr su ingreso en las filas conservadoras. Llegaron en esto a noticia de don Cándido tanto esta labor de proselitismo del elocuentísimo tribuno, como el rumor de que don Marcelino no oponía grandes resistencias a este cambio político, en su natural bondadoso y algo más que débil, y aun cuando Nocedal estaba seguro de que aquél seguía pensando lo mismo que antes (y prueba de ello fue, en efecto, su ruidoso brindis del Retiro en 1880, síntesis valentísima de su intransigencia doctrinal), don Cándido, que no tenía pelos en la lengua y espetaba las verdades al lucero del alba —según era público y notorio—, en uno de estos almuerzos semanales, al que concurría también el joven y ya famoso erudito, en el curso de una discusión sobre estas materias políticas, dirigiéndose a él, díjole don Cándido, ante el estupor de los presentes: «¡Ah, Marcelino, Marcelino!, ¡qué pena que su carácter de usted no corresponda a su entendimiento!». Semblanza espiritual suya, aunque en demasía rotunda, justa y certera, y que ponía al descubierto aquella su excesiva

² *La Vanguardia Española*, 19 de mayo de 1950.

bondad y generosa condescendencia, que habría de traerle después, durante su vida, no pocos disgustos y desazones.

Con todo eso, Menéndez Pelayo guardó siempre muy grata memoria de la hospitalidad franca y cordial de la casa de don Cándido; y así, cuando bastantes años después me presenté yo una tarde en su modestísimo despacho de la Real Academia de la Historia, donde vivía, para hacerle una consulta bibliográfica en relación con mi primer artículo, que había de publicar una revista extranjera, me acogió con expresivas muestras de muy efusivo cariño, acordándose, sin duda, del afecto que, a su vez, siendo muchacho, había recibido él asimismo de mis deudos.

Desde entonces veíale con mucha frecuencia, ora en las reuniones que todos los domingos a primera hora de la tarde celebraba en su casa, a las que asistían, casi siempre en demanda de información erudita y datos literarios, los más famosos profesores de España o extranjeros estantes en Madrid, ora visitándole a solas, por excepcional y no merecido privilegio que para ello me tenía concedido y conocía muy bien su fiel sirviente, Julio Cardenal, guardador celoso de su puerta contra visitas fastidiosas de importunos y pedigüeños.

Pasaron los años; hízose más estrecha y benévola aún su amistad conmigo, dando lugar a casos y sucesos muy curiosos, que algún día relataré. La salud del glorioso polígrafo iba decayendo; y cuando en la primavera y otoño de 1911 venía a almorzar a mi casa, donde mi mujer le preparaba platos especiales que pudiera comer fácilmente, por estar entonces renovando su dentadura, notaba yo con honda pena la demacración de su rostro y el enflaquecimiento de su cuerpo, síntomas inequívocos de los terribles estragos que estaba haciendo en él la enfermedad hepática que le aquejaba.

Era práctica antigua en don Marcelino, como director de la Biblioteca Nacional, de adelantar unos días las vacaciones de Navidad, yéndose a Santander, para regresar otra vez a Madrid a fines de enero, tiempo no perdido ciertamente, sino por el contrario el más aprovechado por él para la composición de sus libros, que en el retiro y soledad de su casa y con el concurso de su magnífica biblioteca salía prestos y magistrales de su pluma milagrosa. En los primeros días de diciembre de aquel año de 1911 supe por conducto de Julio, su doméstico, que don Marcelino tenía acordado su viaje a Santander para el 8 de dicho mes, en el expreso de la noche. Llegado que fue este día, me apresuré a bajar a la estación del Norte para despedirle, y a poco de llegar se reunieron asimismo conmigo tres amigos dilectos del maestro, con igual propósito. De todos los cuatro solo quedó yo; los demás han muerto ya. Eran estos don Adolfo Bonilla, gran erudito e historiador de nuestra literatura y discípulo muy fiel que fue siempre suyo; don Antonio Graíño, condueño de la Librería Victoriano Suárez, con la cual hacía poco que Menéndez Pelayo había concertado la edición de sus *Obras completas*; y, por último, don Juan Givanel y Mas, benemérito cervantista y con los años conservador celosísimo de la Colección Cervantina en la Biblioteca Central de Cataluña. Había cerrado ya la noche,

y a poco de llegar nosotros apareció don Marcelino en el andén, envuelto en su vieja capa, que como castizo español usó toda su vida, herencia típica de los herrueros y capillas de los añejos tiempos. Rodeámosle los cuatro cariñosamente, departiendo unos momentos con él, aunque apenados todos ante el descaecimiento y ruina de su salud, que tan a las claras su aspecto físico revelaba. Al avisarnos las campanas de rigor de que el tren iba a partir, nos apresuramos todos a despedirnos efusivamente del maestro. Ya en su coche y asomado a la ventanilla, cambiamos algunas palabras con él de alientos y esperanzas por el recobro de su salud y con los deseos de un pronto y feliz regreso, que él escuchó con cierto escepticismo. En aquel instante sentí yo como un secreto presentimiento de que no le volvería a ver más, y acuciado por esta idea, con ligereza juvenil, salté al vagón en busca suya para despedirme otra vez. Parece que siento todavía la presión de aquellos largos brazos al estrecharme contra su pecho (aquellos brazos que tantas veces habían llamado y cobijado a la gloria), y que resuenan aún en mis oídos las cariñosas palabras que me dirigió acerca de un libro mío que por entonces estaba yo imprimiendo, y cuyas pruebas, con inusitada bondad, revisaba él. Arrancó el tren, y todavía divisamos nosotros un momento su noble figura, de pie, saludándonos detrás del cristal; luego, un agitar nosotros pañuelos y sombreros en ademán de adiós; el vislumbre por vez postrera de su confusa silueta, y al fin... nada... nada. El tren que aprieta su marcha, de prisa, muy de prisa, como si quisiera llevarse al gran Menéndez Pelayo, no a su patria chica, sino a la gloria de la inmortalidad. Cinco meses después, a 19 de mayo de 1912, moría en su casa de Santander, besando el crucifijo familiar, imagen y símbolo de aquella su honda fe cristiana que alentó siempre en sus libros, pero defensor y apasionado también del poder soberano de la razón humana, del valor casi infinito del entendimiento del hombre que, al crearlo, puso Dios en su alma. Así es como tienen cabal explicación aquellas melancólicas palabras suyas a su médico, el doctor Cabello, al advertirle este de la gravedad de su estado, dos días antes de fallecer: «¡Qué lastima morirse, cuando me quedaba tanto por leer!».

RECUERDOS DE MENÉNDEZ PELAYO³

Dentro de cuatro años, en 1956, se cumplirá el primer centenario del nacimiento del glorioso polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo. Nacido en Santander el 3 de noviembre de 1856, falleció el 19 de mayo de 1912, cuando contaba tan solo 56 años de edad. Pocos eran, ciertamente, para lo mucho y admirable que pudo haber escrito todavía; pero, con todo esto, ante la obra ingente que nos dejó, se viene a la memoria aquella sentencia de Séneca, tan verdadera como profunda: «La vida es larga si se sabe aprovechar». Han transcurrido, pues, cuarenta años desde que se fue don Marcelino del mundo de los vivos, y durante este no corto periodo la Muerte se ha ido llevando consigo, uno tras otro, a casi todos los que fueron amigos personales suyos en sus últimos tiempos. Somos ya muy pocos los que quedamos de aquellos que tuvimos la fortuna y el privilegio de acercarnos a su sabrosa intimidad, que le tratamos con privilegiada confianza, para recordar ahora cómo vivía, y evocar rasgos desconocidos suyos, particularidades curiosas, no ya del sabio, sobradamente conocido, sino del hombre, a las que acaso hoy no se conceda importancia ni valor, pero que, a buen seguro, habrán de tenerlo dentro de cien, doscientos años, porque entonces nada habrá atañadero a él que se mire con indiferencia. ¡Qué no daríamos hoy porque algún contemporáneo amigo de Cervantes nos hubiese dejado una descripción del interior de aquel humilde cuarto de la casa de la calle de Francos, donde murió el inmortal autor del *Quijote*!

Este acercamiento frecuente mío al maestro me permitió entonces gustar de su trato cordial y bondadoso. Porque Menéndez Pelayo tenía alma de niño («¡ay de aquél que no lo sea a sus horas!», escribió él) y hasta el fin de sus días la conservó intacta, libre de pasiones y codicias, sencillo e ingenuo siempre. Los únicos disgustos graves que se atravesaron en su vida fueron hijos precisamente de cierta candorosidad suya; porque de aquel entendimiento poderoso, de aquel asombro de erudición y sabiduría, pudo decirse, con verdad, que conocía mejor a los libros que a los hombres. Y no porque, altivo e infatuado, se negase a su comunicación y trato, como de ordinario suelen hacer no pocos de aquellos a quienes su talento y sus triunfos dan la celebridad, para encerrarse luego en un desdeñoso aislamiento. Lejos de ello, el acceso al Maestro era por extremo fácil, y quienquiera que deseara verle, tenía dos caminos llanos y abiertos para lograrlo. Era el primero acudir a su despacho de la Biblioteca Nacional, donde, como Director suyo, recalaba todas las mañanas laborales del año, salvo en las vacaciones de Pascuas y en las veraniegas, épocas en que, con gran gozo suyo, se restituía a su amado Santander. En aquel despacho de reducidas proporciones, de bajo techo, decorado con

³ *La Vanguardia Española*, 13 y 14 de diciembre de 1952.

los mismos muebles que otro insigne antecesor suyo en la dirección de la Biblioteca, don Juan E. Hartzembusch, fabricó de su mano para recordar sus primeros y humildes años de hábil ebanista, acostumbraba don Marcelino a recibir a las personas que deseaban visitarle, y, así, por él desfilaron cuantos sabios y hombres de ciencia venían a España ansiosos de conocerle sin que faltasen tampoco, claro está, los pedigüños, impertinentes y «pelmazos» que andan siempre revoloteando alrededor de las personas célebres, como moscones zumbadores y molestos.

Pero además de este camino, había otro, también nada costoso, para llegar hasta él. Don Marcelino habitó, durante muchos años y hasta su muerte, el último piso del viejo caserón llamado del «Nuevo rezado», que todavía ocupa la Real Academia de la Historia como Bibliotecario titular que era suyo; y todos los domingos, después de la hora del almuerzo, sobre las tres de la tarde, abría una tertulia literaria en su despacho, única pieza semi-habitable entonces de su parca vivienda. Allí acudían sus amigos, las personas de viso de paso en Madrid, cuantos deseaban consultarle sobre los estudios y libros que llevaban entre manos, en busca de datos desconocidos y referencias bibliográficas recónditas, que el Maestro, pródigo y generoso de su ciencia, no escatimaba jamás, abriendo para el consultante los caudales inagotables de su inmenso saber. Recuerdo ahora que una tarde en que acudí yo también a su tertulia, pude presenciar el curioso espectáculo que ofrecían don Marcelino y un famoso y empingorotado sabio español, a quien, a su muerte, ocurrida no hace mucho en el extranjero, tributaron las revistas del mundo los máximos honores, y al que vi aquel día cómo iba anotando nerviosamente en su libreta los datos peregrinos que don Marcelino le dictaba, y que luego figurarían, no hay que decirlo, como suyos y propios en una famosa y mediocre *Historia*. ¡Así se pueden escribir libros! Cierro ahora los ojos, y me parece ver todavía aquel despacho destartado de don Marcelino tal como estaba entonces, y tal como debía haberse conservado para perpetua recordación de que vivió allí una de las mayores glorias de nuestra raza. Pero por desdichada iniciativa del director que a su muerte le sucedió en el cargo, en vez de respetar aquella estancia, que habría sido un santuario al que concurriesen con veneración y respeto las generaciones venideras, formadas con su doctrina, como Alemania en su día lo hizo con las casas de Goethe y de Schiller, y Francia, por su parte, con las de otros escritores preclaros suyos, todo, todo se deshizo: vendiéronse los muebles, cambiose la disposición de la vivienda, y, con ello, desapareció su singular y valiosísima fisonomía. ¡Cuán curiosa era y cómo hablaba toda ella de la condición humana del Maestro, de su modo de ver la vida, de su actitud ante ella! Pero esto va muy largo, y como todavía me quedan algunos recuerdos que estimo de interés para la biografía íntima del Maestro, atajo mi pluma, que ya se desmandaba, y con la licencia del Director de *La Vanguardia* dejo su conclusión para mañana.

* * *

A la parva vivienda de don Marcelino en el último piso de la Real Academia de la Historia llegábase ascendiendo por los setenta y dos peldaños de una escalera angosta y empinada, que conservaba todavía las viejas y rojizas baldosas con que la solaron a fines del siglo XVIII. Algunas tardes, cuando yo iba a verle, me le encontraba subiéndola fatigosamente o detenido unos momentos para tomar resuello en cualquiera de los breves descansillos, envuelto en su castiza capa española de color ala de mosca, mal sostenida sobre sus hombros, lento el paso y más encendido el rostro por el esfuerzo de la ascensión. Ya en su piso, la entrada a su vestíbulo no estaba siempre expedita, porque obstruían de ordinario su acceso numerosos cajones repletos de libros, sus últimas adquisiciones propias o ajenos donativos (a don Marcelino le regalaban muchos y valiosos), en espera de ser enviados a su biblioteca de Santander. Luego, se seguía a la izquierda por un estrecho pasillo, para desembocar en su despacho o cuarto de trabajo, no mezquino, ciertamente, sino amplio y capaz, pero muy desalojado, en inútil espera de unos muebles confortables que no llegaron nunca. Porque todos los que nadaban, por decirlo así, en tan generoso espacio, lo constituían en junto a los siguientes: una mesa de trabajo, a buen seguro comprada en el rastro madrileño, basta y fea, puesta entre las dos ventanas de la habitación; tres sillas viejas de Vitoria, y un estante de vulgar traza y madera de pino, que ocupaba casi todo el largo lienzo de la pared que había frente a la mesa. En sus plúteos, con su buena carga de polvo, solía almacenar don Marcelino los libros carentes de interés bibliográfico para él; las estadísticas oficiales, los *Diarios* de las sesiones del Senado, al que pertenecía, las obras repetidas, los tomos descabalados de ediciones que no se completarían nunca, la muralla, en fin, que no falta nunca en toda biblioteca viva, y menos aún en la de todo escritor de punta. Si Menéndez Pelayo hubiera dispuesto de aquella famosa *baignoire*, a la que Anatole France acostumbraba a enviar los libros malos que recibía, tal *baignoire* hubiera podido hacer los oficios de su destartalado estante; pero la vivienda de don Marcelino en Madrid no tenía baño... La impresión que causaba aquel despacho la primera vez que se entraba en él era más bien triste. Ni una butaca, ni un sofá, ni ese tresillo que ordinariamente no falta en ninguno moderno, invitando a la plática, a la confidencia.

Pero como si no fuera bastante esta impresión desoladora de desnudez casera de pobreza monacal, crecía todavía más hasta trocarse en emocionado asombro al entrar en su alcoba. Pasábale a ella por el mismo despacho a través de un postigo sito a la derecha de su mesa, conforme se miraba a las ventanas; era una pieza pequeña, muy pequeña, de encaladas paredes y ocupada en una gran parte por una cama de hierro, alta y sencilla, con su blanca colcha por cobertor; sobre su cabecera veíase un tosco crucifijo de metal, y a los pies uno de esos palanganeros de hierro en forma de trípode, con su jofaina de hierro

esmaltado y sus correspondientes adminículos del jarro y del cubo portátiles, que solían usarse por entonces en las pensiones baratas estudiantiles, trasto casero que caracterizaba a toda una época, y que, a la verdad, no suponía ningún notable progreso sobre aquellos lebrillos vidriados de talaverana loza, que durante varios siglos constituyeron el único trebejo familiar con que contaron los españoles y las españolas para su personal policía. Olvidaba registrar en esta ascética alcoba la existencia solitaria de una vulgar silla. Aquella alcoba era, en verdad, más pobre y austera que muchas celdas de practicantes conventos; y ante el contraste entre esta austeridad y su modestia con la grandeza intelectual del genio que en las noches descansaba allí, el ánimo se sobrecogía con una honda e indefinible emoción. ¡Qué desprecio de las cosas del mundo! ¡Qué derrota de la materia, amiga del regalo, de la comodidad, de eso que hoy llamamos *confort*, voz que no conocieron nuestros antepasados, porque como no lo tenían, ni tampoco les era necesaria! ¡Cómo se veía allí a la materia sujeta, domeñada por la pura inteligencia que es la que ennoblece y sublima al hombre! El hombre que vivía así, con esta austeridad y templanza, que durante muchos años no conoció en Madrid mayores comodidades ni holguras, para quien su único lujo personal era aquel cubierto de cinco pesetas del Café de Fornos, en el que habitualmente hacía sus comidas, bien podía escribir, lleno de personal autoridad, sobre los místicos españoles, y entrar en la Real Academia Española cuando contaba tan solo 24 años, del brazo de ellos, con aquel su hermosísimo *Discurso sobre la poesía mística en España*, empapado de su doctrina, del desprecio en que ellos tuvieron las exigencias y blandicias del cuerpo, para que así pudiese triunfar de todo en todo el espíritu.

Porque, como había escrito Fr. Juan de los Ángeles, con aquella prosa maravillosa que casi no tiene igual en la literatura castellana, y que Menéndez Pelayo calificaría, diciendo de ella que era río de lecho y miel, «el hombre animal no percibe, ni entiende ni le seducen las cosas que son del espíritu... ni la sabiduría se halla adonde sensualmente con deleite se vive»; para acabar con esta frase preciosa del mismo insigne franciscano, que parece que Menéndez Pelayo tuvo presente durante su vida toda e inspiró su obra genial: «Acuérdate que está escrito que Dios no pesa carne, sino espíritu...».